

HOJA LITERARIA

Director, Manuel Fernández Roldán

ÍNTIMAS

Mírame más y más... que en tus miradas se refleje el amor que por mí sientes, cual reflejan las aguas azuladas tu imagen en sus ondas transparentes.

Al hombre más malvado
Dios lo perdona,
sino olvida á su madre
y en ella adora;
¡madre querida,
para tí, siempre bueno
seré en la vida!

Eres tan hermosa,
niña de mi alma,
que con tu hermosura
me robas la calma,
y tienen tus frases
tan dulces acentos
que hablándome, ahuyentas
mis negros tormentos.

Te quiero tanto, tanto...
que eres, chiquilla, mi mayor encanto.

Con una santa madre
que me idolatra
y una niña que adoro
y es mi esperanza,
¿qué más deseo
si tengo los amores
que tanto aprecio?

MANUEL FERNÁNDEZ ROLDÁN

Chinchimanchorrerías

Un queridísimo amigo nuestro, ha entrevistado al conocido hombre público gaditano y percibe literario Sr. de Grullo (D. Pedro) (*) que aparte de sus importantes declaraciones políticas, que la índole de nuestro periódico nos hace omitir con gran sentimiento, nos ha cedido la prioridad de publicación de varios de sus célebres y admirados pensamientos, que á semejanza de otros suyos publicados en semanarios festivos, almanaques y demás chismes de pared (con perdón) han de causar sensación profundísima entre los admiradores de La Rochefaucault, Montesquie, Madame Staël y otros cofrades y ancianos chilindrinos.

Habla el Sr. de Grullo (D. Pedro.)
(Se ruega al cajista haga notar el título, empleando la letra mayorcita de que disponga: A mal Cristo, mucha sangre.)

PENSAMIENTOS (**)

I.

Dos y dos son cuatro; pero cuatro y dos no son seis, son... media docena.

II.

Todos los temblores de tierra se dan generalmente en el invierno. Y es que en el verano están perfectamente guardadas las capas... geológicas.

(*) No confundirlo con Pero, el de enfrente.
(**) Y Dios me perdone.

El Viejo Chiflado

I.

TRANSFORMACIÓN

Sonó en el aire un agudo y prolongado silbido, y el tren, veloz como voladora flecha, se internó por la boca del túnel. Al grito de la máquina despertó sobresaltado Arturo, é incorporándose sobre los mullidos almohadones del asiento que ocupaba en un coche de primera clase, abrió los ojos, aguzó el oído, y solo pudo ver una tenue claridad que extinguióse á poco, quedando reducida á tinieblas, y sentir el zozobroso ruido, sorco y acompasado, producido por el resbalar de las ruedas sobre los férreos rails. Más vencido por el sueño reclinóse en el asiento, tomando cómoda postura, cerró los ojos y tornó á soñar con lo que poco antes había ocupado su imaginación. Creíase surcando, como en días pasados, de viajero en un buque, las aguas de X, tranquilo puerto del Mediodía, de donde regresaba; y parecía escuchar, en medio de la oscuridad de la noche, el recio embate de las olas, la sorda música del viento, y divisar á lo lejos, sobre su gigantesco pedestal, el encendido faro que destacando su luz entre las sombras hacía el efecto de un monstruo velando el sueño de los mares.

III.

Sólo hay una cosa peor que una mujer... dos mujeres.

IV.

Los tuertos tienen mucho adelantado, para hacerse pasar por enamorados. De este defecto á la ceguera, no hay más que un paso... y un ojo.

V.

La mejor manera de guardar un secreto es indudablemente no saberlo.

VI.

La afición á los cuernos, ha causado más víctimas entre los espectadores, que entre los toreros. (Estadística pura.)

VII.

Hay hombres que nacen pequeñitos para ser grandes y otros que nacen grandes para ser pequeñitos. (Y si no le vieres la punta, lector amigo, tampoco se les vé á otros y pasan.)

Cumplida nuestra triste misión, damos las gracias á nuestro distinguido amigo entrevistante é invitamos á la noble pléyade literario-manchea al fomento de tan laudable como instructivo y útil género literario, para alegría de las familias coparticipes, admiración de los amigos con buen fin, y gloria y prez de nuestra traída y llevada literatura, que sí con ello, y otras cosas más, no se acredita de paciente y sufrida, deo yo que me trasquilen á cruces. Amén.

Por encargo de J. A. mi Director,

I. A.

REYES POBRES

En una humilde cabaña
de mi España
vivía un pobre pastor,
mantenido todo el año
del rebaño
que cuidaba con amor.

Cautivaron sus antojos
unos ojos,
los ojos de una mujer
morena que por lo bella
como aquella
no se ha visto otra nacer.

Era pastora y la amaba
la adoraba
con todo su corazón,
y tras ella caminando
suspirando
le cantaba esta canción:

«¡Ay, hermosa, cuánto diera
porque fuera
en vez de un pastor un rey
para ofrecerte en persona
la corona
y no mi pequeña grey!

No me niegues tus favores
tus amores,
no desoigas mi canción,
que sólo escuchan mis quejas
las ovejas
y les causo compasión.»

El pastor así decía
pues quería
los dos rebaños juntar
y jurar á la pastora
seductora
puro amor ante el altar.

Los rebaños se juntaron,
se casaron
la pastora y el pastor
y éste lleno de alegría
repetía
recordando su dolor.

«Nada envidia, nada ansío,
que ya es mío
el tesoro que soñé;
flor del campo, clavellina
campesina
de que yo siempre cuidé.

Ya en mi choza tengo un trono,
ya pregonó
mi grandeza como rey
y ya la ofrezco en persona
mi corona
las ovejas de mi grey.»

Y cuentan los que lo vieron
que vivieron
gozando venturas mil
el pastor enamorado
ya casado
y la pastora gentil.

José ORTÍZ DE PINEDO.

César Gascón y Cornejo

RECUERDO

Pronto hará cinco años que el alma del que llevó en el mundo el nombre que encabeza estas líneas, voló á su Creador.

¿Quién se acuerda ya de aquél joven de ardiente imaginación, que lleno de entusiasmo, de ilusiones y de sueños de gloria, se captaba las simpatías de cuantos frecuentaban su trato, por su precóz talento y dotes poco comunes? ¡Oh, nadie, seguramente! La fiera parca con su hábito destructor, arrancó de entre nosotros al pobre César cuando sólo contaba diez y nueve años de edad.

¡Terrible fatalidad! ¡suerte maldita!
¡No parece sino que la providencia se complace en arrebatar de la tierra cuanto en ella puede haber de alto y digno; y, es sin duda, para evidenciarnos más nuestra triste inutilidad, nuestra abrumadora impotencia!

Algún tiempo más, y César Gascón hubiera brillado con inusitado resplandor por entre la inmensidad de astros que inundan con su preciosa luz el hermoso cielo de la literatura; pero no estaba así escrito en los altos designios de la Omnipotencia. La muerte, cerniendo prematuramente sus fatídicas alas sobre la juvenil cabeza del desgraciado, mató de un solo golpe todo un mundo de ilusiones, todo un mundo de esperanzas, al ahogar para siempre sus valerosos alientos.

¡Cuántas ideas en gérmen, cuántas creaciones embrionarias se llevaría el desdichado á la tumba! Escribió muy poco, no tuvo tiempo apenas; pero en todo cuanto escribió se iba viendo ya la pers-

brino en cuestión, como único remedio salvador en aquel caso. Pero, lo peor de todo, era aquel parrufito que no dejaba de tener cierta gracia y que decía: «que el niño á pesar de sus veintidos años no tenía el juicio y la formalidad que á su edad convenían.»

Pues señor, se conoce que el antipático de su tío el cura no tenía en que ocuparse. Podía muy bien haberse guardado debajo del solideo todas sus opiniones, respecto á aquel asunto, ya que en aquella ocasión nadie le había preguntado, dejándole á él en el pleno goce de sus caprichos. Porque, ¿qué necesidad tenía de trasladarse á H. cuando tan bien lo pasaba en X? Y sobre todo ¿quién metía á aquél indecente que casi no era tío suyo (por lo lejano del parentesco) á mandar sobre él, censurar su conducta, coartar su libertad y enviarle, por último, al lado de sus tutores? Pero en realidad, él y no su tío, tenía la culpa de lo que le estaba pasando. ¿Era, sin duda, algún monigote para que de aquel modo se jugase con su persona? El debió haberse mostrado enérgico; debió no consentir nunca que su tío le reprendiese y castigase; y cuando escribió á sus tutores lo procedente hubiera sido, romper la carta, primero, y una costilla después á aquel buen señor entrometido en asuntos en que nadie le había pedido su opinión

pectiva de un estilo poco vulgar. En sus primeros trabajos, se hecha de ver ausencia de conexión, cierta falta de concordancia, á pesar de lo cual se nos hacen simpáticos, pues pasa con ellos como con esos niños cuya alegre vivacidad y prematuros razonamientos nos hacen suma gracia.

Cuando el niño se iba tornando hombre, cuando iba llegando á esa edad en que todo se vé bajo un prisma de alegres colores, en que la mente se puebla de bellas ilusiones y el atronador bullicio del mundo llega hasta nuestros oídos como lejanos ecos de cadenciosas melodías, cuando todo, en fin, parece convidar á la vida, el pobre César cayó envuelto en las funestas redes de la tisis, de la terrible enfermedad que puso fin á sus días.

El desdichado, entonces, dió terrible impulso á sus ideas, hizo volar á la pluma como deseando alejarla de la muerte que por momentos invadía todo su ser, y escribió; mas escribía dominado por la fiebre intensa, con rapidéz vertiginosa y sin cuidarse para nada en el fondo, atendiendo solamente á apartar de sí aquellos engendros queridos de su imaginación, á la manera que una madre al verse en inminente peligro, aleja de sí á los hijos de sus entrañas, sin parar mientes en los medios que ha de emplear para salvarlos. Cuanto escribió en aquella época, César, lleva el sello indeleble de una profunda desesperación del alma, á la par que del tristísimo sentimiento de un espíritu fuerte que se siente abandonar por la materia.

¿Con qué dolor recuerdo aquellos últimos días de su existencia en que loco, delirante, devorado por la abrasadora fiebre se hacía conducir á su sillón cerca de una mesa y allí escribía con mano febril, llenando cuartillas y más cuartillas á todo el correr de la pluma, como temiendo que la muerte implacable viniera á arrebatarle las ideas antes de estamparlas en el papel!

¡Oh! en aquellos supremos instantes, toda la energía febril de su imaginación calenturienta no bastaba á dar forma á tantas y tantas ideas como en desordenado tropel pugnaban por salir al exterior, ante la terrible perspectiva de la muerte eterna.

¡Pobre César!

E. ANIANO.

AUSENCIA

Entre el bullicio de la gente aquella
que el andén ocupaba,
observé que tus ojos y los míos
al mirarse lloraban.

Entonces con un mundo de ilusiones
y dulces esperanzas
en mi mente forjado, me decía:

«No debes olvidarla»
Un mes pasado había, interminable,
de los que nunca acaban;
para el que como yo, casi inocente,
tan de veras amaba.

Cuando supe que tras la corta ausencia
—¡que para mí fué larga!—

olvidaste un amor que no sentías:
que me finjiste, ingrata.

¡Y también al partir, según dijeron,
en dirección contraria,
de tus ojos el llanto vió brotarse...
por otro enamorado que dejabas!

M. MARTÍN RODRÍGUEZ.

Imprenta de Mendoza.

y consejo.

Pensando en estas cosas, y formulando estos y otros juicios, de los cuales su tío el cura no salía muy bien parado, llamó la atención de Arturo otro señor, cura también, pequeño, regordete, moftetudo y coloradote que en aquel momento entraba en su departamento. El nuevo viajero saludó cortesmente á Arturo y á éste le entraron feroces ganas de cojer al sacerdote y tirarle por la ventanilla. Impetuosa aneja al hombre cuando cuenta veintidos años.

Mas como lo pensado era algo difícil dado el volumen del saludable viajero, y éste no tenía culpa alguna de lo que le sucedía, no tuvo más remedio que ahogar sus intenciones y seguir malhumorado. Y á fin de evitar toda conversación que en aquellos instantes había de serle enojosa, y convida al mismo tiempo por lo agradable de la mañana, primaveral por cierto, abrió la ventanilla del coche y apoyando los brazos sobre ella, fijó la vista en el paisaje con esa ansia con que pretendemos distraer nuestro ánimo cuando algo nos mortifica. El paisaje, espléndido y tranquilo, lleno de luz y de perfume, ostentaba los bien cuidados campos aragoneses, donde todo era lozanía, haciendo el efecto de un huerto florido y verde, bajo la inmensa mancha azul del firmamento.